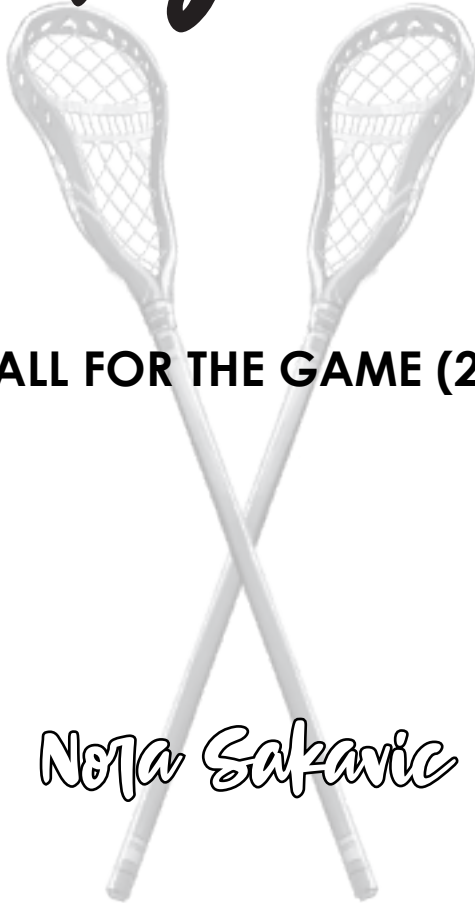


# El rey cuervo

**ALL FOR THE GAME (2)**

*Neja Sakavic*



## **AVISOS PRINCIPALES DE CONTENIDO**

Menciones de suicidio e intentos de suicidio, autolesiones, referencias a abusos sexuales a menores, violencia sexual, abuso psicológico, comportamiento agresivo y autoagresivo, homofobia, escenas de violencia gráfica.

# El rey cuervo

(The Raven King)

ALL FOR THE GAME (2)

TRADUCCIÓN DE  
LOURDES UREÑA PÉREZ

Neja Sakavic

Kakao  books



Primera edición: Noviembre de 2022

Título original: *The Raven King*

© 2013 Nora Sakavic

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2022

[www.kakaobooks.com](http://www.kakaobooks.com) – [bookskakao@gmail.com](mailto:bookskakao@gmail.com)

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Xènia Ferrer

Traducción: Lourdes Ureña Pérez

Correcciones: Ángel Belmonte Rodes

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso en la UE.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.

El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-124926-4-4

Depósito legal: B 18173-2022

Thema: YF

IBIC: YF



Daba la sensación de que Halloween había llegado con dos meses de antelación. La semana anterior la Universidad Estatal de Palmetto había celebrado el inicio de curso cubierta de serpentinatas blancas y naranjas. A lo largo del fin de semana, alguien había sustituido los lazos blancos por otros de color negro que cubrían el campus con una apariencia de luto. Para Neil Josten no era más que un homenaje barato, pero puede que fuera solo su cinismo el que opinaba así.

En su opinión, el hastío que sentía era comprensible. A sus dieciocho años había visto morir a más personas de las que podía contar. La muerte era algo desagradable, pero el dolor en su pecho le resultaba tolerable y familiar. La muerte por sobredosis de Seth Gordon, el pasado sábado por la noche, debería haberle afectado más, ya que había compartido equipo y cuarto con él durante tres meses, pero Neil no sentía nada. Seguir vivo ya era lo bastante difícil; no tenía tiempo para preocuparse de las desgracias ajenas.

La música *rock* retumbó en el coche, llenando el silencio durante un segundo, pero fue acallada tan rápido como había

empezado. Neil dejó de prestar atención a la decoración y miró hacia delante. Nicholas «Nicky» Hemmick apartó la mano del salpicadero maldiciendo por lo bajo. En el otro extremo del asiento trasero, Aaron Minyard, el primo de Nicky, propinó un empujón al respaldo del conductor. Neil no estaba seguro de si intentaba regañarle por tratar de fingir que era un día cualquiera o mostrarle su apoyo silencioso. La relación entre los primos era un embrollo caótico y Neil no sobreviviría el tiempo suficiente como para desenredarlo.

Nicky volvió a alargar la mano hacia la radio. Kevin Day ocupaba el asiento del copiloto, por lo que fue el primero en verlo.

—No pasa nada —dijo, apartándole la mano—. Déjalo estar.

—No quiero hacer esto —dijo Nicky en un murmullo abatido.

Nadie respondió, aunque Neil creyó que estaban todos de acuerdo. Nadie tenía ganas de entrenar hoy, pero no podían permitirse más días de descanso en plena temporada. Al menos el entrenador Wymack había convocado su regreso a la cancha un miércoles por la tarde, el día en que Andrew Minyard, el hermano gemelo de Aaron, tenía su sesión semanal con su terapeuta.

Por lo general, los estados de ánimo incontrolables de Andrew no suponían un problema, pero su sonrisa no hacía de él una persona amistosa en absoluto. Teniendo en cuenta su temperamento, la reacción de Andrew a la muerte del miembro del equipo a quien más despreciaba solo podía acabar en desastre. La reunión de equipo del domingo debería haber sido una ocasión para que los Zorros se acompañaran mutuamente en su duelo, pero, en vez de eso, Andrew y Matt habían acabado a puñetazos.

Tras aquel incidente, Wymack había tomado la decisión inamovible de separarlos. Los veteranos se mudaron a casa de Abby Winfield, la enfermera del equipo, y Kevin y los primos fueron desterrados a la residencia de estudiantes. Neil se habría

quedado allí también, pero Wymack no quería que estuviera solo en la habitación que había compartido con Matt y con Seth. Así que acabó pasando un par de noches en el sofá del entrenador. En lo que a él respectaba, Wymack no tenía de qué preocuparse, pero Neil sabía que no valía la pena discutir.

Seth murió la noche del sábado y fue incinerado el lunes por la tarde. Según decían, su madre había firmado todos los papeles, pero ni siquiera acudió al crematorio a recoger las cenizas de su hijo. Fue Allison Reynolds, la central de defensa de los Zorros y novia a ratos de Seth, quien se quedó con la urna. Neil no sabía si planeaba enterrarla o guardarla en su habitación lo que quedaba de curso. No tenía intención de preguntar. Aún no sabía qué pensar acerca del papel que él mismo podría haber jugado en la muerte de Seth. Hasta que se aclarara, prefería evitar a Allison por completo.

Allison no iba a estar en el entrenamiento, pero los demás sí. Neil no había visto a los veteranos desde el domingo por la mañana y sabía que el reencuentro sería complicado. Sin embargo, solo faltaban dos días para el segundo partido de la temporada y tenían que encontrar la manera de que aquello funcionase. Las probabilidades de los Zorros nunca habían sido especialmente alentadoras, pero esta temporada presentaba un panorama desolador. Si antes habían sido el equipo de exy más pequeño de primera división, ahora tenían el número mínimo de jugadores con el que podía contar un equipo y seguir cumpliendo los requisitos para jugar en la liga. Habían perdido a su único veterano de quinto año y lo que quedaba de su línea ofensiva eran un campeón nacional lesionado y un novato.

El naranja invadió los límites de su campo de visión. El estadio de exy de la Estatal de Palmetto no pasaba desapercibido. Estaba construido para albergar a sesenta y cinco mil aficionados y pintado del naranja y el blanco más intensos que la universidad había sido capaz de encontrar. Huellas de zorro gigantescas

decoraban las cuatro paredes exteriores. Los lazos se extendían hasta allí: todas las farolas del aparcamiento y todos y cada uno de los veinticuatro accesos al estadio estaban cubiertos de negro. La gente había levantado un homenaje silencioso en la entrada de los Zorros. La puerta estaba cubierta con fotos de Seth con sus amigos y mensajes de sus profesores.

Nicky detuvo el coche junto al bordillo, pero no apagó el motor. Neil se bajó y miró por encima del capó para contar los coches patrulla que había en el aparcamiento. La presencia de Kevin en el equipo implicaba la necesidad de un despliegue de seguridad a tiempo completo, pero la cantidad de agentes se había duplicado desde el traslado del antiguo equipo de Kevin al distrito sureste. Neil empezaba a acostumbrarse a ver a la policía del campus allá donde fuera, pero nunca dejaría de detestar su presencia.

Nicky se marchó en cuanto Aaron y Kevin se hubieron bajado del coche. No tenía sentido que se cambiara para entrenar, ya que en media hora tendría que ir a recoger a Andrew del Centro Médico Reddin. Neil observó el coche salir del aparcamiento hacia la carretera y después se volvió hacia sus compañeros.

No era ningún secreto que el grupo de Andrew odiaba a Seth, pero Aaron y Nicky aún eran lo bastante humanos como para sentirse descolocados por su muerte repentina. La reacción inicial de Kevin fue insensible, pero también era cierto que había recibido la noticia mientras estaba borracho como una cuba. Neil no sabía si la resaca había traído consigo el arrepentimiento.

Desconocía cuál de ellos sería el primero en admitir su apatía, pero su paciencia tenía un límite. Tras treinta segundos sin que ninguno de los dos se moviera, Neil se dio por vencido y se dirigió a la entrada de los Zorros. Se suponía que el código cambiaba una vez cada dos meses, pero con los Cuervos en su distrito, ahora Wymack lo cambiaba todas las semanas. Esta semana eran los últimos cuatro dígitos del teléfono de Abby. Neil



empezaba a pensar que sus compañeros tenían razón sobre la relación invisible entre Wymack y ella.

Caminaron en fila por el pasillo hasta los vestuarios. La puerta no estaba cerrada con llave y las luces de dentro estaban encendidas, pero en el salón no había nadie. Neil fue a investigar mientras Aaron y Kevin se acomodaban. Un pasillo unía el salón con el recibidor, la sala oficial para ruedas de prensa donde los Zorros hablaban con los periodistas antes y después de los partidos. La puerta en la pared del fondo del recibidor, que daba paso al estadio en sí, seguía cerrada con llave. Neil volvió sobre sus pasos hasta el pasillo donde estaban los vestuarios y los despachos. La puerta del despacho de Wymack estaba cerrada, pero si se paraba a escuchar podía oír el sonido de la voz apagada del entrenador a través de la madera. Satisfecho al saber que no había nadie allí que no debiera estar, Neil regresó junto a los otros.

Cuando llegó, Aaron y Kevin estaban recolocando los muebles. Los observó mientras empujaban los sofás y sillones hasta formar una V.

—¿Qué estáis haciendo?

—Estamos buscando la forma de que quepamos todos —dijo Aaron—. A no ser que quieras pasarte la temporada entera mirando un asiento vacío.

—El número de cojines no ha cambiado —dijo Neil.

—Cuatro personas apenas caben en un sofá. Cinco sería imposible.

—¿Cinco?

Kevin lo miró como si fuera idiota. A esas alturas, Neil conocía de sobra aquella mirada, pero tras cuatro meses entrenando con Kevin, aún le ponía de los nervios.

—Tienes claro cuál es tu sitio, ¿no? —preguntó Kevin.

Hasta la noche del sábado, Neil nunca habría sido lo bastante estúpido como para creer que había sitio para él allí. Andrew

le había prometido que podía hacer que eso cambiara, pero su protección tenía un precio. Lo protegería de su pasado siempre y cuando Neil lo ayudara a evitar que Kevin abandonara la Estatal de Palmetto. Parecía bastante fácil, pero Nicky le había advertido que la situación era más compleja de lo que parecía. Hiciera lo que hiciera, tendría que ser como parte del grupo disfuncional de Andrew. Ya no podía seguir escondiéndose entre bambalinas.

Contempló otra vez la nueva disposición del salón y de pronto lo comprendió. Durante el verano, los cuatro miembros del grupo de Andrew se habían apelotonado en un solo sofá. Ahora podían dispersarse, tres en el sofá y los demás en dos sillones a cada lado de este. Al resto de veteranos les tocaba el sofá y el sillón que habían colocado enfrente.

Neil se dirigió a uno de los sillones laterales, ya que siempre había tenido el asiento exterior, pero Aaron se sentó en él antes de que pudiera reclamarlo. Neil tardó un segundo más de la cuenta en reaccionar.

—A ti te toca en el sofá, con Kevin y Andrew —explicó Aaron—. Siéntate.

—No me gusta estar rodeado —dijo Neil—, y no quiero sentarme al lado de tu hermano.

—Nicky ha aguantado un año entero —dijo Aaron—. Apáñatelas.

—Vosotros sois su familia —protestó Neil, aunque eso no significaba nada para ellos.

Wymack solo fichaba atletas que provenían de hogares rotos. En la Madriguera, la palabra «familia» era una fantasía creada para que las novelas y las películas fueran más entretenidas. Neil sabía que era una causa perdida antes incluso de terminar de decirlo, así que se sentó en el sitio que Aaron le había asignado.

Kevin fue el siguiente en sentarse, dejando un espacio libre para Andrew entre él y Neil. Este echó un vistazo alrededor y se preguntó cómo se adaptarían los veteranos a la nueva distri-

bución de la sala. Su mirada se posó en el enorme calendario colgado encima de la televisión y sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago conforme leía la lista. El viernes trece de octubre era el día en que los Zorros, los últimos de la liga, se enfrentaban a los cabezas de serie, los Cuervos de la Universidad Edgar Allan. El partido tenía todas las papeletas para ser un auténtico desastre.

Al fondo del pasillo, Wymack abrió la puerta de su despacho, pero medio segundo más tarde el teléfono empezó a sonar. El entrenador no se molestó en cerrar la puerta antes de contestarlo. Por lo que Neil fue capaz de escuchar, alguien estaba hostigándole sobre el tamaño del equipo. La evidente irritación de Wymack hacía que sus esfuerzos por tranquilizar a la otra persona no fueran muy convincentes, pero Neil sabía que su fe era sincera. Al entrenador le daba igual si había nueve Zorros o veinticinco. Los apoyaría hasta el amargo y sangriento final.

Wymack aún estaba al teléfono cuando se abrió la puerta del salón. La capitana Danielle Wilds fue la primera en entrar, con Matt Boyd, su novio, y Renee Walker, su mejor amiga, pisándole los talones. Apenas habían dado dos pasos cuando se detuvieron de golpe. Dan señaló a Neil, pero se dirigió a Kevin cuando habló:

—¿De qué va esto?

—Sabías lo que significaba que nos lo lleváramos el sábado por la noche —contestó Aaron.

Wymack colgó el teléfono de un golpe. Neil se preguntó si la discusión habría terminado de verdad o si había utilizado la llegada de más Zorros como excusa para colgar. Unos segundos después, el entrenador entró en el salón y siguió el dedo de Dan. Miró primero a Neil, luego a Kevin y después a Aaron para finalmente echar un vistazo a la nueva disposición de los muebles. Volvió a mirar a Neil.

—Si la memoria no me falla, Andrew no te soportaba —dijo Wymack.

—Sigue sin hacerlo —respondió él, pero no se molestó en explicarse.

—Interesante. —El entrenador lo repasó con la mirada una vez más antes de girarse hacia los veteranos—. ¿Por qué no os sentáis? Tenemos que hablar.

Wymack se apoyó en el mueble de la televisión y esperó a que se acomodaran. Cruzó los brazos y observó a cada uno de sus Zorros.

—Abby me ha escrito un discurso. Estaba bien, decía cosas sobre el coraje y la pérdida y la necesidad de estar unidos en tiempos difíciles. Lo hice pedazos y lo tiré a la papelera de mi despacho.

»No estoy aquí para daros palabras de apoyo y palmaditas en la espalda. No voy a ofrecer os un hombro en el que llorar. Eso podéis pedírselo a Abby o acercaros a Reddin y hablar con Betsy. Mi trabajo es ser vuestro entrenador pase lo que pase, evitar que os quedéis quietos y teneros de vuelta en la cancha estéis preparados o no. Probablemente eso me convierta en el malo en este momento, pero todos vamos a tener que aprender a vivir con ello.

Wymack contempló los asientos vacíos frente a él. Aquel era el quinto año del equipo de exy de la Estatal de Palmetto. Wymack lo había construido desde cero y había escogido personalmente a Seth para formar parte de la alineación inicial. Entre los problemas personales de los jugadores, un contrato original defectuoso que los permitía abandonar y la opción de graduarse en cuatro años en lugar de cinco, Seth había sido el único en cumplir los cinco años con el equipo. Seth era muchas cosas, la mayoría desagradables, pero sin duda era un luchador. Y ya no estaba.

Wymack carraspeó y se pasó una mano por el pelo corto.

—Mirad, estas cosas pasan y van a seguir pasando. No necesitáis que os diga que la vida no es justa. Si estáis aquí es porque ya lo sabéis. A la vida le importa una mierda lo que queramos; es cosa nuestra dejarnos los cuernos y luchar para conseguirlo.

Seth quería que ganáramos. Quería que pasáramos del cuarto partido. Creo que le debemos un buen espectáculo. Vamos a mostrarle al mundo lo que somos capaces de hacer. Hagamos que este sea nuestro año.

—Ya hemos perdido bastante, ¿no creéis? —Dan dirigió la pregunta al resto del equipo—. Es hora de ganar.

Matt entrelazó los dedos con los suyos y le dio un apretón.

—Hagámoslo. Vamos a llegar hasta la final.

—Decirlo no es suficiente —dijo Wymack—. Tenéis que demostrarme sobre el terreno de juego que sois capaces de llegar al campeonato. Os quiero en la cancha en cinco minutos con la equipación ligera u os apunto a correr una maratón.

Al supuesto discurso motivacional de Wymack le faltaba el tono de enfado que solía fingir, pero las palabras eran lo bastante familiares como para poner al equipo en marcha. El silencio reinó en el vestuario de hombres mientras se vestían. Neil se llevó sus cosas a uno de los cubículos del baño para cambiarse. Un tocador separaba los baños de las duchas y Neil se detuvo para mirarse en el espejo.

Su relación con su reflejo era de amor-odio por pura necesidad. Neil era la viva imagen de su padre, el asesino de quien llevaba ocho años huyendo. El tinte de pelo y las lentillas eran la manera más fácil de ocultar sus rasgos, pero mantener ambos hábitos mientras vivía con los Zorros resultaba agotador. Tenía que comprobar si se le notaba la raíz dos veces al día y dormía de espaldas a la habitación para poder quitarse las lentillas por la noche. Guardaba el estuche en la funda de la almohada y llevaba lentillas de repuesto en la cartera. Era engorroso, pero hasta ahora lo había mantenido con vida y a salvo. Sospechaba que ya no iba a ser suficiente.

No se dio cuenta de cuánto se había entretenido hasta que Matt y Kevin acudieron a buscarlo. Los vio entrar gracias al espejo, pero no se giró.

—¿Hasta la final? —preguntó.

—Los milagros existen —respondió Matt.

—No puedes depender de algo tan insustancial como un milagro —dijo Kevin—. No vas a ganar nada ahí parado. Termina de cambiarte y sal a la cancha.

—Un día de estos quiero que busques la palabra «desalmado» en el diccionario —dijo Matt, molesto—. Seguro que a tu ego le viene genial ver la foto tuya que han colocado justo al lado.

—No —dijo Neil antes de que Kevin pudiera contestar—. Tiene razón. Lo más probable es que el entrenador no pueda fichar a otro delantero con la temporada ya empezada. Hasta que encuentre una solución, Kevin y yo somos todo lo que hay y ninguno de los dos es lo bastante bueno.

—¿Has oído eso, Kevin? —dijo Matt—. Tu suplente te acaba de llamar inútil.

—Su opinión no significa nada para mí —dijo Kevin.

Aun así, no intentó refutar lo que había dicho Neil y este oyó lo que escondía el silencio en sus palabras, aunque Matt no lo hiciera. A Kevin lo habían criado como delantero zurdo, pero Riko le había roto la mano dominante el diciembre pasado en un violento ataque de celos. Llevaba desde marzo intentando aprender a jugar con la derecha, pero estaba muy lejos del nivel que había tenido con la izquierda. A pesar de que la opinión pública lo consideraba un genio por ser capaz de jugar siquiera, caer en desgracia había calado a Kevin hasta los huesos. Puede que machacara al resto del equipo, pero era aún más duro consigo mismo. Aquella era la única razón por la que Neil toleraba su condescendencia.

Neil se apartó del espejo y terminó de cambiarse. Dan y Renee los esperaban en el recibidor y entraron juntos en el estadio para calentar. Después de cuarenta minutos de vueltas alrededor de la cancha y carreras de intervalos, regresaron a los vestuarios a beber agua. Estaban haciendo estiramientos cuando se abrió la puerta.

Neil observó a los veteranos para evaluar sus reacciones una vez Nicky y Andrew se unieron al resto en el recibidor. Dan les dedicó una mirada rápida y siguió con sus estiramientos. El rostro de Matt se tensó al ver la sonrisa de Andrew. Solo Renee consiguió sonreír y, aunque habló en voz baja, su tono era amistoso al saludarlos.

—Hola, Renee —Andrew le devolvió el saludo—. ¿Vas a volver pronto a la residencia?

—Esta noche —dijo ella—. Hemos cargado las maletas en la camioneta de Matt esta mañana.

Andrew lo aceptó sin discutir y desapareció por la puerta del vestuario para cambiarse. Nicky se quedó atrás, inseguro ahora que tenía que enfrentarse a sus compañeros por primera vez en varios días. Dan volvió a mirarlo, pero su expresión no era alentadora.

—Ey —dijo Nicky, apagado—. ¿Cómo lo estáis llevando?

—Tan bien como podemos —contestó Dan. No le preguntó a Nicky cómo estaba. Lo más probable era que no le interesara la respuesta.

—¿Cómo está Allison? —añadió Nicky después de una larga pausa.

—¿De verdad te importa? —preguntó Matt.

—Matt —lo regañó Renee antes de dirigirse a Nicky—: Como era de esperar, lo está pasando mal ahora mismo, pero hacemos todo lo posible para que no esté nunca sola. Aún no quiere ir a ver a Betsy, pero creo que pronto estará lista para hablar de ello.

—Ya —dijo Nicky en apenas un susurro.

Wymack esperó hasta asegurarse de que habían terminado antes de hacerle un gesto a Nicky.

—Vosotros dos, salid a la cancha y empezad a dar vueltas. No pago la factura de la luz para que estéis aquí cotilleando. El resto terminad los estiramientos y bebed agua. En cuanto

Andrew y Nicky estén listos nos colocamos para los ejercicios. Tenemos... —El sonido del teléfono al otro lado del pasillo lo interrumpió—. Estas sanguijuelas me van a volver loco. Tendría que haber contratado a una secretaria.

Nicky se fue al vestuario mientras Wymack iba en busca del teléfono. Neil estaba al fondo del recibidor, al lado del pasillo, por lo que pudo escuchar al entrenador respondiendo. A pesar de que era obvio que estaba que echaba chispas, consiguió mantener un tono educado.

—Entrenador Wymack, de la Universidad Estatal de Palmetto. ¿Disculpe? Un momento. —Salió al pasillo con el teléfono en la mano. Pulsó un botón con el pulgar para silenciarlo y abrió la puerta del vestuario de hombres de una patada—. Andrew Joseph Minyard, ¿qué coño has hecho esta vez?

—¡Yo no he sido! ¡Ha sido el manco! —gritó Andrew desde dentro.

—¡Ven aquí! —gritó el entrenador mientras la puerta se cerraba. Andrew apareció un par de segundos más tarde, con la equipación ya puesta. Wymack lo señaló con el teléfono—. La policía te está llamando. Más te vale contarme lo que has hecho ahora antes de que ellos me den la versión detallada.

—Yo no he sido. Pregúntale a mi clon.

Wymack hizo una mueca, volvió a activar el micrófono y se llevó el teléfono al oído.

—¿Cuál es el problema, agente...? ¿Cómo había dicho? ¿Higgins?

—Oh —dijo Andrew, sorprendido—. Entrenador, no.

Wymack agitó una mano para indicarle que se callara, pero Andrew lo agarró por la muñeca y le quitó el teléfono de la mano. Wymack lo sujetó de la camiseta antes de que pudiera escaparse. Andrew no intentó escabullirse, sino que se quedó contemplando el teléfono que tenía en la mano como si nunca hubiera visto tecnología semejante.



—No lo tengas esperando todo el día —dijo el entrenador.

Andrew se retorció, no lo suficiente como para escapar, pero sí como para poder mirar a su hermano. Aaron se había quedado congelado en medio de un estiramiento, mirándolo. Andrew alzó las manos, encogiéndose de hombros en un gesto exagerado, y se llevó el teléfono a la oreja por fin.

—El cerdito Higgins, ¿de verdad eres tú? —preguntó Andrew—. Pues claro que sí. Menuda sorpresa. ¿Se te ha olvidado que no me gustan las sorpresas? ¿Qué? No, no me marees. No te habrías tomado la molestia de localizarme después de tanto tiempo solo para charlar, así que dime: ¿qué quieres? —Andrew no dijo nada durante unos segundos, escuchando—. No —dijo entonces, y colgó.

El teléfono volvió a sonar casi de inmediato. Los Zorros ya no hacían nada por disimular que lo estaban observando, habiendo abandonado los estiramientos. Wymack no les ordenó que continuaran, por lo que Matt se sentó en uno de los bancos a ver cómo se desenvolvía aquella extraña escena. Andrew tiró de su camiseta hasta que Wymack lo soltó y se apartó de él tan rápido como pudo. Se apoyó en la pared, se tapó la oreja con la mano que tenía libre y contestó al teléfono.

—¿Qué? No, no te he colgado. Yo nunca haría eso. Yo... No. Cállate.

Volvió a colgar, pero Higgins era lo bastante persistente como para llamar por tercera vez. Andrew dejó que sonara cinco segundos antes de contestar con un suspiro exagerado.

—Cuéntame —dijo, y esperó a que Higgins volviera a explicárselo todo.

El policía habló durante más de dos minutos. Fuera lo que fuera lo que estaba diciendo, no podía ser bueno; era evidente que la conversación estaba atravesando la manía medicada de Andrew. Su sonrisa se había desvanecido hacía rato y había empezado a dar golpecitos rítmicos con el pie contra el suelo

cuando Higgins aún iba por la mitad de su historia. Apartó la mirada de Aaron mientras desaparecían los últimos rastros de alegría de su rostro y levantó la vista hacia el techo en su lugar.

—Retrocede —dijo, por fin—. ¿Quién se ha quejado? Ay, cerdito, no intentes marearme. Ya sé dónde trabajas, ¿me comprendes? Sé con quién trabajas. Eso quiere decir que hay un niño en su casa. Se supone que... ¿Qué? No. No me preguntes eso. He dicho que no. Déjame en paz. Oye —dijo Andrew, más alto, como si intentara ahogar los argumentos del agente—. Si vuelves a llamarme, te mato.

Colgó el teléfono. Esta vez no volvió a sonar. Andrew esperó para asegurarse de que Higgins había captado el mensaje y luego se cubrió los ojos con una mano antes de echarse a reír.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó Nicky, volviendo a unirse a ellos—. ¿Qué me he perdido?

—Ah, nada —dijo Andrew—. No te preocupes.

Wymack alternó la mirada entre los dos gemelos.

—¿Qué habéis hecho ahora?

Andrew separó los dedos para mirarlo a través de ellos.

—¿Qué te hace pensar que es culpa mía?

—Espero que esa pregunta sea retórica —dijo el entrenador, ignorando la inocencia fingida de Andrew—. ¿Por qué te llaman del Departamento de Policía de Oakland?

—El cerdito y yo nos conocemos desde hace tiempo —respondió Andrew—. Solo quería charlar para ponernos al día.

—Si vuelves a mentirme a la cara, tú y yo vamos a tener un problema.

—Es la verdad, más o menos. —Andrew bajó la mano y lanzó el teléfono al otro lado de la habitación. Este chocó contra el suelo con tanta fuerza que la carcasa salió disparada hacia un lado y la batería hacia otro—. Trabajaba en el programa de jóvenes de Oakland. Creía que podía salvar a chavales problemá-

ticos usando el deporte como actividad extraescolar. Un poco como tú, ¿no? Un idealista rematado.

—Te fuiste de Oakland hace tres años.

—Sí, sí, es un gran halago que aún se acuerde de mí o algo así. —Andrew agitó una mano en un gesto vago de «qué le vamos a hacer» y echó a andar hacia la puerta—. Nos vemos mañana.

Wymack interpuso un brazo en su camino.

—¿Adónde vas?

—Me largo. —Andrew señaló la salida a espaldas de Wymack—. ¿No acabo de decir que nos vemos mañana? Igual no ha quedado claro.

—Tenemos que entrenar —dijo Dan—. Este viernes hay partido.

—Ya tenéis a Santa Juana del Exy. Apañáoslas sin mí.

—No me vaciles, Andrew —dijo Wymack—. ¿Qué coño está pasando?

Andrew se llevó la mano a la frente en un gesto dramático.

—Creo que me estoy poniendo malo. Cof, cof. Mejor me voy antes de contaminar a tu equipo. Te quedan tan poquitos. No puedes permitirte perder a nadie más.

El rostro de Kevin era una mueca tirante de impaciencia.

—Para ya. No puedes irte.

Un momento de silencio y Andrew se giró con una sonrisa enorme y cruel en el rostro.

—¿No puedo? Déjame decirte algo sobre lo que puedo y no puedo hacer. Si intentas meterme en la cancha hoy me aseguraré de no poder volver a entrar nunca. Que le den por culo a tu entrenamiento, a tu alineación y a tu puto juego.

—Suficiente. No tenemos tiempo para tus rabietas.

Andrew se dio la vuelta y le dio un puñetazo a la pared con tanta fuerza que se abrió la piel de los nudillos. Kevin dio un paso adelante con la mano extendida, como si pudiera evitar

que Andrew diera otro puñetazo, pero Wymack estaba más cerca. Agarró a Andrew por el brazo y lo apartó de la pared de un tirón. Andrew siguió mirando a Kevin como si el entrenador no hubiera intervenido. Solo una vez Kevin hubo dado un paso atrás, Andrew intentó zafarse del agarre de Wymack.

—Cof, cof, entrenador —dijo—. Me voy.

—Entrenador, deja que se vaya —intervino Aaron—. Por favor.

Este los miró a ambos, frustrado, pero Aaron tenía la vista clavada en el suelo y la sonrisa de Andrew no ofrecía ninguna explicación. Por fin, Wymack bajó la mano.

—Tú y yo vamos a hablar largo y tendido más tarde, Andrew.

—Claro —respondió este, una mentira alegre y descarada.

Un segundo después, se había marchado.

—En serio —dijo Nicky cuando la puerta se hubo cerrado tras Andrew—, ¿qué me he perdido?

—Aaron, confiesa —exigió Wymack.

—De verdad que no lo sé —dijo Aaron.

—Y una mierda.

—No lo sé —repitió este, más alto—. No sé por qué ha llamado Higgins. Llámalo o pregúntale a Andrew si quieres saber qué pasa. Era el mentor de Andrew, no el mío. Solo he visto a ese tipo una vez en mi vida.

—Es obvio que te causó impresión si aún te acuerdas de él.

—Oh —exclamó Nicky, como si se hubiera dado cuenta de algo de repente—, ¿es el que...?

No terminó la frase, pero Aaron supo qué era lo que estaba preguntando.

—Sí —confirmó—, él fue quien me dijo que tenía un hermano.